

Experiencias de Responsabilidad Social Universitaria de estudiantes y docentes en el marco de los convenios La Garita y Sacasamarca

INTRODUCCIÓN

Tras diez años de aprendizajes y construcción colectiva con La Garita (Ica) y Sacsamarca (Ayacucho), es importante reflexionar, desde las voces de estudiantes y docentes participantes de los convenios con ambas comunidades, sobre sus experiencias RSU y la relevancia en sus procesos formativos. Valorar y reconocer otras formas de relación universidad- sociedad, aprender a dialogar desde el reconocimiento de nuestras diferencias, la empatía y la horizontalidad, y apropiarnos de nuestro rol ciudadano en la posibilidad de generar procesos de transformación social, son algunos de los aprendizajes que los textos a continuación dejan traslucir y sobre los cuales se pone énfasis.

Así, las reflexiones a continuación, son una invitación a seguir dialogando sobre la RSU, el vínculo como parte del método de trabajo con comunidades, el rol social de la PUCP y el compromiso ciudadano de cada una de nosotras y nosotros como miembros de la comunidad universitaria, pero sobre todo como parte de un territorio nacional compartido.

En estos tiempos particularmente adversos y retadores, corresponde seguir construyendo camino, acogiendo los aprendizajes para fortalecer la responsabilidad de la universidad con el país. Esa es la apuesta de la RSU desde la PUCP.

APRENDER A DESAPRENDER

Reflexiones en torno a la experiencia del Taller de creación artística
Warmikunawan

Para cada una de las mujeres del taller,
quienes nos enseñaron a de-construirnos
para encontrarnos con ellas
y con nosotras mismas.

Eileen Bueno

Elizabeth Corzo

Anggela Espinoza

Fabiola Ricapa

Liz Sulca

Voluntarias de talleres Warmikunawan en Sacsamarca 2018

1. Introducción

En nuestra casa de estudios se reflexiona sobre la importancia de desarrollar una ética profesional y compromiso con nuestro país; sin embargo, existen pocas oportunidades para poner en práctica lo planteado teóricamente en las aulas. Frente a ello, el voluntariado nos dio una oportunidad de aprendizaje invaluable: los talleres de creación artística Warmikunawan son parte de un proyecto que se ejecuta en el marco del Convenio con Comunidad de Sacsamarca, el cual tiene como objetivo fortalecer el desarrollo de una ciudadanía democrática en Sacsamarca que reconozca la diversidad y que permita la construcción de proyectos comunes entre la PUCP y la comunidad (DARS, 2014).

Nuestra motivación para formar parte de este espacio está relacionada a su objetivo principal: construir un espacio de cuidado y encuentro entre las mujeres sacsamarquinas, así como consigo mismas, a partir del desarrollo de trabajos manuales que les facilitan un contacto tanto con sus recursos personales como con los colectivos. Además de esta motivación común cada una de nosotras tenía motivaciones individuales: desde aspectos relacionados al desarrollo y fortalecimiento de capacidades que aporten a nuestra formación profesional hasta experiencias de vida vinculadas a nuestras herencias familiares y concepciones personales (identidad, valores, etc.). A partir de ellas emergieron las primeras representaciones que tuvimos sobre quienes eran este grupo de mujeres.

Adicionalmente, un aspecto transversal a todo este trayecto fue el enfoque de Responsabilidad Social Universitaria (RSU), el cual era recurrentemente mencionado en los textos de convocatoria, la publicidad del voluntariado y/o en los documentos oficiales. Así, estábamos al tanto de que la universidad y la DARS trabajaban bajo este enfoque, pero fue a partir de esta experiencia de voluntariado RSU que realmente pudimos comprenderlo, principalmente a partir del rol activo que podemos llegar a desarrollar como ciudadanas en un país tan diverso como el nuestro.



De este modo, nuestro encuentro con las mujeres del Taller de Creación Artística Warmikunawan contribuyó al fortalecimiento de nuestro compromiso como ciudadanas, pues involucró reconocer el lugar que ocupamos dentro de la sociedad, incluyendo nuestros privilegios y desventajas. Este proceso nos enseñó que no existe un único saber, ya que uno aprende de lugares, circunstancias, pero sobre todo de personas.

En ese sentido, consideramos que nuestra experiencia en el Taller de Creación artística Warmikunawan fue un aprendizaje directo, cargado de experiencias emocionales y reflexivas de aquello que se plantea desde la academia. De esta experiencia, el voluntariado nos devolvió más preguntas que respuestas, entre ellas, la principal: ¿De qué manera yo, puedo contribuir con la realidad de mi país? Y en ese sentido, aquella contribución ¿se vuelve un trabajo individual o colectivo?. Estas preguntas han inspirado este escrito y también la necesidad de formular una síntesis grupal de las experiencias vividas.

Esta experiencia nos ha servido para re-pensarnos como ciudadanas y futuras profesionales, pues sentimos la necesidad de reflexionar sobre aquellas interacciones que cada uno de los talleres nos proporcionó: la interculturalidad, la inter-disciplinariedad y el voluntariado. De este modo, por un lado, buscamos integrar en conclusiones grupales los aprendizajes personales y profesionales de cada una; y, por otro lado, concretar nuestro interés por compartir el impacto transformador generado en el encuentro con la comunidad de mujeres sacsamarquinas.

2. Desarrollo

2.1. Interculturalidad

Queremos comenzar reflexionando sobre las creencias que teníamos sobre lo que significa ser artesana y sobre cómo nuestro imaginario del mundo andino influyó en nuestro modo de aproximarnos como profesionales durante nuestros primeros encuentros con las mujeres sacsamarquinas en el taller

En un primer momento, cuando pensábamos en este grupo de mujeres, nos imaginábamos a una comunidad con experiencia de producción y venta de productos hechos a mano. También, rondaron ciertas expectativas con relación a su historia como comunidad y sobre los valores (reciprocidad, trabajo en equipo, etc.)

que priman en ellas; sin embargo, en el campo, cuando finalmente logramos conocerlas, nos enfrentamos a una realidad distinta a la que habíamos imaginado. De hecho, al concluir nuestra experiencia nos dimos cuenta que poseíamos un imaginario sobre el mundo andino que era homogéneo e intemporal.

Frente a ello, en un segundo momento, reconocimos que existía una diversidad de mujeres, que tenían características comunes (madres, contexto de violencia política), así como, aspectos que las diferenciaban (edades, historias familiares, trayectorias de vida, técnicas, habilidades, además de procesos distintos de aprendizaje). Ello fue particularmente resaltante, ya que todas nuestras creencias partían de esa visión homogénea de ellas, (al verlas como mujeres campesinas y artesanas); sin embargo, aprendimos que esta diversidad no es un obstáculo para crear un espacio común. Durante los talleres, observamos que su participación (y la nuestra) en el proceso de creación artística permitió el diálogo y la apropiación del espacio de maneras diversas, ya sea dirigiendo conversaciones o compartiendo técnicas de bordado.

Es por ello que, el diálogo fue un proceso complejo y de alta sensibilidad. Frente a esto, aprendimos que la escucha y el auto-reconocimiento de nuestro rol como voluntarias fueron dos factores importantes para facilitar este proceso, ya que comprendimos que convivir en interculturalidad no es solo reunir a diversas personas en un mismo espacio (o compartir la misma nacionalidad); por el contrario, es un proceso de interacción que implica un aprendizaje bidireccional y una apertura a cuestionar constantemente nuestros puntos de vista de modo colaborativo. En ese sentido, aprendimos que para lograr relacionarse en un contexto intercultural es necesario pensar al diálogo intercultural como un proceso de constantes ajustes que son el resultado de la apertura, los cuestionamientos y el aprendizaje.

Pudimos reflexionar y aprender lo comentado anteriormente a partir de una experiencia en específico. Durante la coordinación de un taller, propusimos cambiar el refrigerio por un aperitivo que considerábamos mucho más familiar para las señoras de Sacsamarca. Así, propusimos desechar el hábito de la compra de queques y frugos para sustituirlos por el aperitivo de papa con huevo.

Más adelante, cuando llegó el momento del taller con este cambio de aperitivos, muchas de las señoras nos preguntaron sobre el motivo del cambio. Ellas comentaron que les gustaba el queque con el frugos y que muchas venían exclusivamente por aquel aperitivo, por algo novedoso. Esto fue una sorpresa para nosotras. Si bien nuestra intención fue mostrarles, a través de la elección del aperitivo, que valoramos su comida cotidiana, estábamos dejándoles sin la posibilidad de disfrutar algo nuevo para ellas. Luego de reflexionar lo sucedido

concluimos que invitarlas a experimentar algo nuevo no daña su identidad; al contrario, nos revela una línea de cómo construir desde la empatía y la diversidad como una comunidad de mujeres.

Este ejercicio nos llevó a cuestionar si las nuevas técnicas de creación artística que les mostrábamos irían en contra de su propia identidad: ¿Fue, realmente, la elaboración de talleres de encuadernación una práctica difícil de llevar a cabo para el grupo de mujeres? Se cuestionó si se estaba dejando de revalorizar el tejido, una práctica que ellas reclamaban. Sin embargo, las impresiones que pudimos detectar posteriormente nos hizo notar que ellas podían aprender una técnica nueva y disponer de ella en su cotidianidad. Tal es así, que se mostraron receptivas a la sugerencia de decorar con bordado la portada de los cuadernos que armaban.

A continuación describiremos otro momento donde notamos su motivación por adquirir conocimientos nuevos. Durante la realización de un taller, se creó un espacio denominado “zona de exploración” que contenía prendas y accesorios con técnicas y estilos (chompas, chalinás, chullos, etc.) con el objetivo de que conozcan otros estilos, acabados, puntos, etc. y alimenten su proceso creativo. Una de las mujeres mostró interés por reproducir, tejiendo con palitos, el diseño de una llama. A partir de este momento, se inició un compartir con todas las que estábamos presentes, en donde las mujeres de Sacsamarca lideraron la tarea de reproducir una llama en sus tejidos: unas mujeres compartían sus conocimientos adquiridos con otras, las cuales al escuchar activamente generaban un espacio de intercambio que se manejaba de manera orgánica, sin necesidad de mediación por parte de las facilitadoras. Este momento nos hizo pensar que las mujeres se adueñaron de este objeto, de esta técnica y, sobre todo, del espacio. Así mismo, este proceso de intercambio entre las mujeres sacsamarquinas nos permitió despojarnos de nuestro rol como facilitadoras e insertarnos en este espacio como otras mujeres que también aprendían e intercambian saberes.



Ello, contribuyó a que comprendiéramos a la interculturalidad desde el hacer: re-pensando nuestras prácticas (tejido, bordado, encuadernación, etc.) y reconociendo al “otro”, que está delante de mí, a través de la escucha, la empatía y la confianza. De este modo, comprendimos que el vínculo se refuerza al despejar nuestros imaginarios basados en estereotipos (mundo andino estático y homogéneo que comentábamos en un primer momento), para disponernos frente al “otro” y trabajar en colectividad. De este modo, consideramos que tener una actitud empática es fundamental para construir la interculturalidad.

Así, esta experiencia de voluntariado nos permitió entender que el intercambio mutuo no significa adaptabilidad, sino reciprocidad. La adaptabilidad involucra cierto pre-conocimiento para que uno se moldee o se adapte al otro; sin embargo, la reciprocidad involucra una comunicación intencional, durante un mismo espacio y tiempo (Montero, 2004). Así, cada acto de una persona condiciona o es consecuencia del acto de otra persona, por lo que en cada momento estamos dando y recibiendo (Montero, 2004; Rizo, 2006). El voluntariado nos permitió reconocer la importancia de crear espacios interculturales, ya que si bien la incorporación de la perspectiva intercultural en lo profesional, académico y personal es un proceso complejo, al mismo tiempo, nos enriquece y contribuye a nuestra formación ciudadana.

2.2 Interdisciplinariedad

La formación profesional moldea a los estudiantes de un modo determinado, en tanto las y los circunscribe en un parámetro de referencia para interpretar el mundo. Les enseña conceptos, perspectivas, metodologías y formas de abordar la realidad. Es un asidero para entender y seguir generando conocimiento. No obstante, la complejidad de las problemáticas sociales nos exige abordarlas a partir de distintas “miradas” que deben complementarse para una posible articulación de propuestas que planteen soluciones acorde al contexto en el que están actuando. Por ello, consideramos que la apuesta actual por la interdisciplinariedad nace precisamente de eso: la constatación de que una sola ciencia no puede abarcar por sí sola una realidad compleja.

En nuestro caso, emergieron diversos retos que debíamos afrontar: desde el diseño de los talleres hasta el modo en el que interpretábamos nuestro rol y objetivos del proyecto. De este modo, nos surgieron muchas preguntas. ¿Qué es lo que realmente querían las señoras? ¿Qué es lo que se debería priorizar en Warmikunawan? ¿Qué metodología es la más pertinente para desarrollar los talleres? ¿Qué significa “ser artesana”? Así, la planificación de los talleres nos evocó mil preguntas que parecían no tener una respuesta “correcta” y “única”, y que nos hacían permanecer en

debates interminables. Sin duda alguna, hemos reconocido este proceso como algo muy enriquecedor, ya que nos ha permitido contrastar nuestras perspectivas disciplinarias, pero también fue un proceso agotador en su momento porque no se lograba encontrar un punto conciliador o de equilibrio

Una de las situaciones que podría ilustrar esta situación fue el debate en torno a los procesos creativos de las señoras. ¿Debíamos enfocar los talleres en un aprendizaje primordialmente técnico? ¿En la promoción de una dinámica más colectiva? ¿En un empoderamiento más personal y de acompañamiento individual? ¿Cómo interpretar el rol de la artesanía en la vida de las señoras a partir de sus propias subjetividades?

Esta y otras situaciones nos hicieron percibir que nuestra formación profesional nos provee de una sensibilidad específica, un enfoque determinado a ciertos temas, lo cual influye en las hipótesis y propuestas que cada voluntaria elabora en torno a lo que considera más importante con respecto a los objetivos de cada taller. Frente a ello, en un inicio existió cierta dificultad de comunicación, principalmente porque cada idea y/o propuesta que se formulaba terminaba cubriendo la de otra voluntaria, es decir no se lograba dejar un espacio para expresar la opinión de las demás. Precisamente, la dificultad que compartimos se notaba cuando no se lograba una comunicación durante las reuniones de coordinación de los talleres, sino ideas sueltas de cada voluntaria, a partir de su propio marco de referencia, sin lograr una articulación y/o retroalimentación entre nosotras.

A partir de ello, empezamos a reflexionar los por qué. Por un lado, ¿podría ser que la distancia de edad y experiencia profesional pre dispusiera que no nos escucháramos entre nosotras? Nuestro equipo estaba formado por mujeres diversas, tanto de profesión, edad y experiencias personales. Y ahondando más en ello, ¿podría ser que estas características dificultaran el trabajo en equipo? Sin duda, surgieron diversos cuestionamientos referentes a esta primera hipótesis, pero más importante que encontrar una respuesta precisa era reconocer que existían voces que no se sentían tan escuchadas como otras.

En el trayecto, cada voluntaria encontró una solución, de modo individual y personal, pero ello se reflejó en la armonía grupal que poco a poco se iba encajando. Así, superada la primera hipótesis sin respuesta surgió otra: ¿Podría ser que el diseño de las reuniones del taller propicia cierto ambiente de competencia entre las voluntarias? Al respecto, consideramos que no es en sí el diseño del taller lo que propicia una “competencia”, sino que cada objetivo que se plantea para un taller puede tener diversos modos de abordaje, lo cual propicia que cada integrante del equipo Warmikunawan 2018 apueste por un enfoque más cercano a su disciplina.

Todas las voluntarias sentíamos un gran compromiso y cariño por las mujeres de Sacsamarca participantes del taller y queríamos sentir que aportábamos. Por ello, más que una competencia entre nosotras mismas, teníamos un ideal en común que nos terminaba enfrentando unas a otras: construir el mejor espacio para las señoras de Sacsamarca.

Cuando culminó el año y empezamos a dialogar sobre nuestra experiencia, nos vimos de un modo distinto: nos vimos reflejadas en las mujeres que acompañamos. Inicialmente, en el desarrollo de un taller, le pedimos a las señoras que usaran un lápiz, papel y borrador para probar sus dibujos y así bocetar lo que iban a desarrollar, pero algunas preferían dibujar directamente en su proyecto personal. Para las señoras hacer bocetos alargaba el proceso creativo, 2 ellas preferían crear “de un solo tirón”, pues resultaba ser más práctico. Cada una de ellas tenían diversos modos de trabajar, algunos modos eran compartidos y otros no, pero eso no evitaba que cada quien lograra culminar su proyecto. Así nos vimos a nosotras: un grupo con diversos modos de trabajar, pero con una meta en común. Más aún ¿Realmente estas diferencias son necesariamente algo negativo? Nosotras creemos que las diferencias no son malas en sí mismas, sino que permiten aportar distintas visiones sobre un mismo tema. Lo esencial es crear un espacio en el cual estas diferencias sean una potencialidad y no un obstáculo.

Es importante mencionar que cada persona tiene su propio proceso de adaptación (trabajo interdisciplinario) y, por tanto, el trabajo individual y en equipo no debería ser excluyente. Por ello, una de las conclusiones en la que conciliamos, luego de haber convivido en un entorno interdisciplinario, fue el aprender a desaprender. ¿A qué nos referimos con eso? A la capacidad que tenemos de entrar a entornos diversos. Deconstruir lo aprendido para integrar nuevas propuestas y, así, formular propuestas integradoras. Aceptar que los aportes de las respectivas disciplinas no son tan prioritarios y/o totalizadores en todo momento. Aprender a reconocer en qué momentos es necesario recurrir a ello y cuando no. Las voluntarias deben elaborar una estrategia en la cual logren delimitar los momentos en lo que es importante desconectarse de los conocimientos teóricos y cuando no. Frente a ello, es importante identificar el sujeto de trabajo y, a partir de los propios conocimientos, reconocer sus habilidades e identificar su rol ideal. Ello requiere conocerse a sí mismo, a darse un momento para re-pensarse. Así, se puede ceder y acompañar al otro, y más importante, colaborar en la construcción por medio del diálogo y la retroalimentación.

2.3 Voluntariado

Nuestras primeras nociones sobre lo que significa ser un voluntario eran que son un

grupo de personas que ofrecen su tiempo para ejecutar acciones en búsqueda de mejorar las condiciones de personas en situaciones de vulnerabilidad. No obstante, esta idea tuvo que ser repensada minuciosamente después de un momento que vivimos durante uno de los talleres: durante conversaciones casuales entre las señoras y las voluntarias, una de ellas preguntó “ ¿Y... ustedes, para qué vienen?”

Esta pregunta abrió una oportunidad para pensar el cómo estaban percibiendo nuestra labor y, principalmente, cómo nosotras entendíamos nuestro rol como voluntarias. A partir de esa pregunta, concluimos que el voluntariado proporciona un nuevo modo de relacionarse, ya que todos los talleres son ajustados a partir de un “pensar en ellas”. Dado que el voluntariado se enuncia desde la misma voluntad de dar a un otro, tanto nosotras como las señoras impartimos un voluntariado, ya que ellas nos proporcionaban su tiempo y disposición para realizar los talleres. Frente a ello, consideramos relevante reconocer el aprendizaje que recibimos de todas las mujeres que conocimos en los talleres.

Todos los talleres eran espacios de constante relación y aprendizaje, los cuales eran vividos entre bromas y conversaciones. Así, logramos experimentar la importancia de vincularnos con las problemáticas enseñadas teóricamente en nuestra educación superior, ya que nos permite reconocer nuestras propias habilidades para alcanzar los objetivos propuesto, así como los aspectos a mejorar. En esta misma línea, nuestra experiencia en “Warmikunawan” nos interpeló en distintas dimensiones de nuestra identidad, tanto como mujeres, profesionales, pero sobre todo como ciudadanas. Comprendimos que el voluntariado no se reduce a un espacio y tiempo delimitado sino que se vuelve aprendizaje, encuentro y vínculo, el cual no solo se queda en el recuerdo sino que trasciende se transforma y forma parte de nosotras. Así, las historias, anécdotas, aprendizajes y logros alcanzados forman parte la experiencia universitaria, y se vuelven parte esencial de nuestra narrativa de vida.

De ese modo, consideramos que el voluntariado con el enfoque RSU es una práctica fundamental y valiosa, tanto en la vida universitaria como para nuestra formación como futuros profesionales, pues permite pensarnos y sentirnos de manera inclusiva como agentes de desarrollo en nuestro país. Este tipo de experiencia es un aprendizaje en sí mismo que no puede ser comprendido de manera teórica, sino precisamente a partir de su vivencia. Así, logramos constatar la importancia de que el conocimiento producido en las aulas deba estar al servicio de la sociedad y, por tanto, dialogar con las diversas expectativas y necesidades de distintos sectores de la misma, ya que solo de esta manera se logra una integración y utilidad real de los conocimientos académicos.

Referencias

DARS (2014). Convenio Sacsamarca. Dirección académica de responsabilidad social.

Recuperado de [Https:](https://dars.pucp.edu.pe/que-hacemos/desarrollo-social/convenio-sacsamarca/)

[//dars.pucp.edu.pe/que-hacemos/desarrollo-social/convenio-sacsamarca/](https://dars.pucp.edu.pe/que-hacemos/desarrollo-social/convenio-sacsamarca/)

Montero, M. (2004). Introducción a la psicología comunitaria: Desarrollo, conceptos y procesos. Buenos Aires: Paidós.

Rizo, M. (2006). La interacción y la comunicación desde los enfoques de la psicología social y la sociología fenomenológica. *Análisi*, 33, 45-62

MI ÚLTIMO VIAJE

Jose Antonio Vega

Voluntario del taller con niñas y niños en La Garita 2017 y 2018

Todavía iluminan los últimos postes del alumbrado a través de mi ventana cuando mi alarma empieza a sonar. Sé lo que significa, escucho esa alarma desde hace dos años: Hoy iré a La Garita. Termino de asearme, un par de cosas que el día anterior no ingresaron en la mochila y decido que ya estoy listo para salir. Es curioso pensar cómo pasa el tiempo entre viaje y viaje. Todavía recuerdo la primera vez que fui. Es lo bueno de despertar temprano: le da tiempo a uno para recordar, aunque la memoria a veces resulte traicionera.

Mi celular suena intempestivamente mientras termino de guardar mi cargador. Contesto.

- Jose Antonio, ¿ya despertaste?
- Eso depende de quién sea.
- ¿No tienes guardado mi número? Te voy a matar, Jose Antonio. Soy Kiara. -
Sonrío.
- Entonces sí estoy despierto.

El terminal, a pesar de ser temprano todavía, se encuentra repleto. El sonámbulo lugar parece sacado de una película, algunos niños duermen sobre las faldas de sus madres y otros corretean por entre las sillas. Y me resulta siempre grato llegar contando pocos minutos, porque veo aparecer, de forma disimulada, a cada una de las personas con quienes empezamos este viaje hace ya dos años, o quizás antes. Y todavía seguimos aquí. Cuando el carro parte, todavía recogiendo a un presuroso pasajero que ante el cuantioso tráfico contuvo su llegada, descoloco mis audífonos, cojo algún libro que tenga y practico uno de mis deportes favoritos: observar el paisaje y quedarme brevemente dormido junto al leve movimiento del carro.

La llegada a El Carmen no puede ser sino un reencuentro continuo con todas las memorias que allí dejamos cada mes. Bajamos del bus, saludamos a la dueña de nuestro hospedaje e ingresamos en fila india apoderándonos rápidamente de las habitaciones, queriendo siempre alcanzar el cuarto que tenga el baño interno o, por lo menos, compartir la habitación con nuestros cercanos. Proceso que me ha resultado indiferente. Me conformaba con un cálido sofá y una vacía compañía. Cuando todos hubieron terminado de acomodar su equipaje en las habitaciones, recibimos el llamado tribal que nos avisaba que “Arte en comunidad” iba a comenzar.



Ese espacio mágico-real era nuestra dosis mensual de vida. Lola, la guía de este espacio ahora nuestro, empezó explicando el sinuoso recorrido hasta llegar ahí. Y con aquella pregunta que nos marca siempre: ¿Cómo estamos ahora? Y salían nuestros “cansado”, “agobiada”, “estresada”. Y empezaba la primera dinámica. Y nos encontrábamos en ese momento donde, por unos minutos, nos olvidábamos de todo y éramos parte de cada segundo ahí vivido. Entre juegos, risas, saltos y pasos ciegos, íbamos desnudándonos de todo aquel cansancio, de todo aquel estrés. Y éramos libres.

Cuando Lola volvió a preguntar: ¿Cómo estamos ahora? ¡Uf! Tamaña emoción en nuestros rostros llenos de algarabía ahora. Emocionados, ya estábamos listos para La Garita. Aún nos quedaba organizar algunos temas y, luego de almorzar, el bus estaba afuera esperando por nosotros. Siempre elijo el asiento último que esté más cerca a la diestra de la carretera. Me permite observar el paraje y siento el viento golpear mi rostro. Es agradable sentir el aire fresco de este lugar. Me recuerda un poco a mi hogar, en Tacna.

El recibimiento en La Garita no podría ser menos afectivo, no después de tantos viajes. A medida que la movilidad ingresa desde la carretera al colegio, un cúmulo de niños, que comienza con uno o dos, va acompañando el carro que, al llegar a su paradero final, está rodeado de unos diez a doce niños que alegres esperan que la puerta abra y dé paso a “Los católicos”, este equipo de voluntarios que comenzó esta bella labor hace más de diez años. Esta es la segunda razón de sentarme en la silla final: me gusta ser el último en bajar. Soy de los pocos varones en el equipo, así que los niños me tienen especial cariño y nunca he sabido ser capaz de no corresponder su cariño. Así que, mientras cada voluntario baja del bus, recibe un saludo, un abrazo y un beso en la mejilla. Pero cuando bajamos los voluntarios del taller de niños, somos fulminados en abrazos grupales. Estimado lector, creará usted una vanidad mía, y quizá no se equivoque, para decir lo que diré: ser hombre (en un contexto donde la figura masculina es ausente en la crianza), estar en el taller de niños y llevar más de dos años hace que mi recibimiento no sea menos jacarandoso.

Ingresamos a la escuela como jugadores de fútbol cuando ingresan al partido, cada uno acompañado de por lo menos un niño (¿O será que en realidad nosotros somos los acompañantes?). Me resulta siempre curioso la cantidad de temas que pueden tener para conversar, y también me hace pensar en cuántas personas, durante el tiempo que no estamos, estarán dispuestos a escucharlos.

El colegio cuenta con dos pabellones de aulas, un patio bastante amplio, cubierto por varios toldos que nos liberan del sol abrasador de la ciudad. Además, hay un

pequeño almacén donde se guardan los materiales y quedan, todavía, los restos de la “señora Garita”, una muñecona gigante que nos acompañaba en los pasacalles, pero de eso escribiré más adelante. Junto al almacén hay un pequeño montoncito de sillas y mesas, donde distribuimos acuarelas, pinceles y piezas de maquillaje que nos servirán para poder dejar a los niños, y algunos voluntarios, con rostros llenos de creatividad y algarabía.

- Jose Antonio, quiero que me pintes la cara.
- Por supuesto, ¿qué deseas?
- Cualquier cosa, menos la mariposa muerta que me pintaste la vez pasada.
- Prometo que no será eso. - Sonríe e intento recordar a la mariposa.

Todavía nos quedan algunos minutos antes de organizarnos, así que jugamos un poco a esa antigua tradición nuestra, “las chapadas”, donde todos parecían ser los que “chapaban” y todos parecían ser los atrapados. Aún recuerdo la primera vez que vine:

- ¿Me haces Chan Chan?
- Ya, pero, ¿cómo es eso?
- Baja todo el cuerpo [...] Así, no te muevas. - Entonces, subió su cuerpo en mis hombros y yo había sido domado. Y en ese momento no sabía siquiera su nombre.

Cuando el tiempo apremiaba, oímos el llamado que nos avisaba que el pasacalle iba a comenzar. Aquel espectáculo era la reunión de niños y voluntarios, era la bienvenida y el aviso de nuestra llegada, una entrada cargada de música, trajes coloridos, rostros pintados y mucha, mucha energía que recorría cada calle. La tierra y el polvo no detenían nuestro paso firme y canto que, en días como estos, era un canto a la vida. Desde “Limoncito, limón verde” y “Torito bandido”, hasta una versión moderna y más justa de “Arroz con leche”, nuestro recorrido se iba haciendo presente por todo el camino, saludando a cada una de las personas con las que nos encontrábamos, mientras los niños repartían “La Garita al día”, aquella suerte de revista que llegaba de forma mensual y casi religiosa a las manos de los hombres y mujeres que nos sonreían. También se escapaban algunas por debajo de las puertas, nadie se debía quedar sin “La Garita al día”.

Ya de regreso en el colegio nos dirigimos al patio. Mientras un grupo iba guardando los materiales, los demás nos reuníamos en un círculo para realizar las primeras dinámicas que darían inicio al taller preparado para ese día.

Desde "las calaveras", hasta "En la selva me encontré", nos rodeamos de una artimaña de actividades para poder tenerlos reunidos hasta que todos estén en el espacio. Luego conocimos "EEG: Esto Es Garita", pero esa es otra historia. Mientras una polifacética Kiara maniobraba con todo su arsenal dinámico, los demás íbamos trayendo a los pequeñuelos que corrían libres por el colegio. Cuando, después de un período no corto de tiempo, lográbamos el cometido, cerrábamos con una dinámica que siempre parecía agitar más a los voluntarios que a los niños que, siempre enérgicos e impetuosos, corrían hacia el aula para empezar el taller.

Recuerdo aquel taller más que los otros, quizá por la conciencia de saber que sería el último, quizá porque fue el último, ahora no estoy seguro de eso. Todo empezó con una historia, un teatro que nos permitía ver más de lo que nos diría aquel libro de portada tan colorida: El pájaro del alma. Un hombre vestido de pájaro que agitaba sus alas en el aula mientras los niños miraban atentos, algunos sonriendo, otros asombrados, otros sin expresión alguna en el rostro, en tanto la historia continuaba. Y los demás voluntarios estábamos sentados, junto a los niños, para evitar que correteen por el espacio. Contención. Pero cuando lo pensábamos, ¿contener qué? No es posible contener a un niño, su mente es libre. Luego de terminada la historia, nos tocaba reunir grupos de niños y empezar el trabajo extendidos en el suelo: debíamos dibujar nuestro pájaro del alma. El grupo en el que estaba tenía cuatro rapaces niñas que se inmiscuían para observar mi dibujo que yo, tan afanosamente, me dedicaba a componer y ocultar, para que no lo copiasen.

- Jose Antonio. Perdón, Julián - Una historia irrelevante de mi cambio de nombre ficticio.- mira mi dibujo.
- Venga, muéstrame.- Y levanta la mano que va dejando descubierto el dibujo de un polluelo que parecía mirar asombrado el mundo.
- Está feo, ¿cierto? - E intenta arrugarlo con la mano que lo cubría. La detengo.
- Pero, ¿te gusta? - Asiente con la cabeza - Entonces, ¿qué más da lo demás? Si lo ves y sonrías, entonces es perfecto.
- Está bien, Julián. - Sonríe y le pone su nombre al dibujo.

El tiempo parece desaparecer entre nosotros y descubrimos que en ese trajín que nos pareciera unos pocos minutos, han pasado ya más de dos horas. Dos tinas fuera del salón esperan por ellos y sus manos que, luego del suelo, han de estar soberanamente desaseadas. Allí sucede algo mágico: una de las voluntarias sostiene un cartel con cuatro tipos de saludo, entre un abrazo, un apretón de manos y otras

monerías, los niños van ingresando al aula donde se disponen en el espacio. ¡Qué alegría contagiosa que invade cuando van eligiendo su forma de ingresar! Y uno sonrío, no porque deba, sino porque resulta inevitable. Cuando terminan de ingresar todos, y ya sentados sobre el suelo alrededor de ese tapete plástico que parece invitarnos a una comunión o a un almuerzo de tipo oriental, se empieza a repartir una suerte de botín que, para ellos, viene en forma de un pan con jamón y un té tan tibio como bueno. Una ambrosía total para sus paladares.

Sin embargo, y como la canción de Lavoe: “Todo tiene su final”. Y ya es hora de despedirlos y acompañarlos, a los que deseen, a sus casas. Yo acompaño a Naomi. Me va contando acerca de familia, su hermano y de los temas que le gustaría hacer en el “Domiacadémico”. Cuando llegamos a su casa, me dice adiós con la mano, voltea y se queda frente a la puerta, esperando. Quizás a que le abran la puerta, quizás a que le diga que podemos seguir jugando. Su rostro me parecía decirlo. Cuando regreso al colegio, ya todos están listos para partir, nos vamos al bus y todos van avanzando en grupo, excepto yo, que siempre he preferido estar al final de todos, para detenerme con mis pensamientos. El bus de retorno es siempre un jolgorio. Nuestra entrañable Allison, junto a músicas modernas, reggaeton y bailes extravagantes, le da ese ritmo, ritmo, color y sabor a nuestro retorno.

Llegamos pronto y la cena nos espera, un plato con comida caliente para mantener nuestros ánimos en pie todavía. Y nos dirigimos a la casa de Manuela, una anfitriona que nos ofrece su hogar ameno para que podamos descansar, o esa es la expectativa. Porque quizás no sea lo único que nos espera, sino una larga conversación sobre lo sucedido en aquel taller. Porque siempre es así, estar reunidos nos lleva de vuelta a La Garita. Y ese espacio de descanso se convierte, para nosotros, en un espacio catártico, donde todas nuestras emociones se lanzan y confunden entre sí, como una batalla de pequeños soldados que llevan el mismo uniforme. Y si una lágrima cae, no sabría uno, querido lector, diferenciar si es por la alegría de un logro con un niño o por la tristeza de una frustración contenida.



Despierto muy temprano porque es mi hábito. Y también porque sé que la ducha, dentro de poco, va a estar tan abarrotada como la Javier Prado en hora punta. Termino de alistarme y salgo un rato a caminar. Ese ejercicio mío es tan antiquísimo como que mi nombre es Julián. Lo cual ocurrió hace poco. Pero lo he necesitado para pensar y librarme de las distracciones que nos da el celular. Y entonces he caído en la cuenta de que cada cosa que iba haciendo era la última vez que la haría. Como voluntario, claro está. A veces, uno habría deseado hacer más si hubiera sabido que sería su última vez haciendo algo. Para ser sincero, aquel día, no sabía bien cómo sentirme. Solo sabía lo que sabían todos: que sería mi último día. Y no sabía cómo hacerlo diferente. Quizá porque no quería que este fuera diferente a los demás. O quizás era porque había vivido cada viaje creyendo que sería el último.

Es hora del desayuno y nos encontramos todos juntos nuevamente en ese espacio. Pero no es esa la real expectativa, sino lo que llega después: el espacio interdisciplinario. Debo decir, en honor a la verdad, que alguna vez he dado alguna cabeceada en esos espacios. No por iniciativa propia, claro está. Sin embargo, ese espacio nos permitía liberarnos de lo que había sucedido. Alguna vez, en alguno de estos espacios, hace muchos meses, expusimos todas nuestras dudas sobre nuestra carrera. Y ellas nos perseguirían mucho tiempo. Hoy, algunas todavía me persiguen.

Todavía nos queda un boleto de vuelta a La Garita, espacio libre para el juego, la libertad, para el libre albedrío y, con particular emoción, no puedo evitarlo, “El Domiacadémico”. Un espacio inventado para apoyar a dos chicos en edad escolar. Un espacio que le debe lo que ha crecido a Domitila, excepto el nombre, aunque pareciese. Y cuando llegamos, los niños se sujetan a la libertad esa que tienen de poder correr, indomables. Al bajar del carro nos dirigimos a la cancha de grass o, bueno, el intento de ese. Y empezamos el juego. Yo, en mi intento camaleónico, me escabullo en diversos juegos y dinámicas. Paso de ser un jugador de fútbol o un atleta destacado, a un bailarín descompuesto que parece tiritar ante la música rimbombante que anima a todos.

- Ven José - Ya no Julian, lo ha olvidado. - Ven a bailar. - Me ordena la pequeña.
- Ya, vale, ahora voy. - Lo juro, tengo miedo. - ¿Qué debo hacer?
- Coloca tus dos manos hacia arriba y tu cadera a un costado. Así, mira. - La miro atontado.
- ¿Voy bien así? - Le pregunto.
- ¿Te digo la verdad? - Me dice. Me río. Solo quiero llorar.

Cuando es el momento de volver al bus descubro entre mis bolsillos algunos caramelos, unas cuantas monedas y mi celular. Mi celular, vaya memoria copiosa que me trae de vuelta a mi primer viaje, cuando, en un intento arrebatado, prometí llevar celulares a todos los niños. Y si creía yo que mi memoria era buena, era porque no conocía la de ellos. Nunca lo olvidaron. Hoy todavía me lo recuerdan cada tanto. Estamos sentados y siempre le agarré cariño a los asientos junto a la ventana. Terminó de abrirla y veo a los niños saltando para darme la mano. Pronto, el carro ya debe avanzar.

Los rayos del cierre de tarde iluminan el carro que parte, ahora repleto, y nos devuelve a Lima, la gris. Ya he tenido esta sensación antes, ver el paisaje por la ventana, junto a esa sensación de esperanza. La Garita me despide en sus carreteras y yo me despido de ella en mis escritos.

LA GARITA: UN ESPACIO DE REENCUENTRO CON EL ARTE, LA CIUDADANÍA Y LAS EMOCIONES

Lo fundamental es que las obras de arte generen emociones. El autor las produce con esta intencionalidad. El arte siempre apunta hacia lo emocional.

J.Jove

Dra. Verónica Castillo Pérez
Docente
Facultad de Educación - PUCP

Iniciar diálogos sobre el Convenio “La Garita. Reconstruyéndonos para nuevos futuros”, organizado por la Dirección Académica de Responsabilidad Social (DARS - PUCP), implica poner en conocimiento del lector una obra inspirada por el valor de la solidaridad, la empatía, el respeto y la emergente proactividad que implica el reconocimiento del otro, a partir de la mirada interior, en la que el arte y el desarrollo de emociones conllevan al fortalecimiento de la ciudadanía desde la participación activa de la población beneficiaria del proyecto, constituida tanto por los niños y niñas protagonistas, como por los estudiantes y los docentes de diversas carreras profesionales, en el rol de voluntarios.

Este convenio de colaboración con el centro poblado La Garita (Chincha, Ica), iniciado luego del terremoto que azotó Pisco en el año 2007, implicó pensar en la reconstrucción no solo de infraestructura sino de vidas, de compromiso, de aliento. Esto significó un trabajo constante para animar a la población a ponerse de pie y empezar a reconstruir su futuro, edificando los cimientos con una proyección puesta en un presente adverso y a la vez esperanzador.

En ese sentido, este ensayo pretende dar una mirada holística del significado que tiene la labor de acompañamiento en el desarrollo y fortalecimiento social, en el que la responsabilidad social se aleja del asistencialismo para dar paso a una idea que se sostiene en el principio de actividad, con la finalidad de atender, de modo colaborativo, a las demandas que se suscitan en la población y que tienen como propósito desarrollar competencias tanto para los estudiantes voluntarios como para la comunidad de La Garita.

A este reto de fortalecimiento, se sumó la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica del Perú; por lo que, bajo el amparo de cursos propuestos en el plan de estudios, se pensó en cómo se podría contribuir para seguir colaborando. La meta era clara, la clave estaba puesta en el desarrollo de la ciudadanía, la cual se puede abordar desde diversos ámbitos que la consideran como una actividad intrínseca, pues “nace con los sujetos y crece con ellos, y se va modificando al mismo tiempo que se desarrolla la autonomía, la participación en la vida social y las diversas capacidades”. (Unicef, 2008, pág. 26).

Es así, que incorporarse al proyecto significó para los voluntarios tener una actitud proactiva, comprometida y generadora del protagonismo para el cambio; entendiéndose que el cambio no es generado por ellos en la vida de los pobladores, sino que va desde el otro lado del camino: los pobladores fueron quienes, viaje a viaje, educaron y reconstruyeron el concepto de educación y la transformación social que calaría en la vida de cada participante.

Para contribuir con el proyecto, se tomó como eje de todas las actividades propuestas, sus objetivos generales:

“Aportar al bienestar y a procesos de transformación social que planteen las bases para el desarrollo de una ciudadanía democrática en La Garita.”

“Colaborar con la formación, la investigación y el compromiso público de la comunidad universitaria través del enfoque RSU.” (DARS, 2019)

Una vez clarificados los objetivos, se inició con la organización de talleres que dieron sustento al enfoque de Responsabilidad Social Universitaria; posteriormente, se organizó el taller de niños (de 3 a 12 años), el cual ofrecía un espacio de actividades lúdicas basadas en expresiones artísticas, tales como dibujos, bailes, cantos, sociodramas, cuentacuentos, títeres, entre otras. Estas actividades pretendieron aportar en los niños el esfuerzo por construir la mirada interior para dar paso al amor propio y el respeto, tanto por el entorno personal como por aquel que es compartido con otros, en el que se hace implícita una necesidad de la expresión personal. En ese sentido, este pensamiento se alinea con lo dispuesto por la Unicef:

La experiencia cultural es un fenómeno en el que también la tradición heredada se recoge, se recrea, se transforma; es el lugar del juego y el lugar donde vivimos en una compleja trama social. La cultura marca la vida humana desde el inicio. Por eso, la infancia y la adolescencia no pueden ser sólo entendidas en sus aspectos biológicos, ni como tránsitos más o menos ordenados o difíciles hacia la madurez física y mental que se supone en la vida adulta. Son etapas plenas en las que los niños, niñas y adolescentes son capaces de crear, comprender, expresarse y participar. (2008, p.25)

Esto implicó el involucramiento de los voluntarios en el diseño e implementación de actividades con componentes tanto artístico como emocionales; es decir, cada taller requirió del alineamiento con los objetivos del proyecto para desarrollar la convivencia ciudadana, basada en el respeto, y, a su vez, dio un lugar importante al desarrollo de habilidades sociales desde el reconocimiento de las emociones propias y las de los compañeros. De esta manera, las actividades propuestas por los estudiantes de Educación desde una mirada pedagógica, y la mirada interdisciplinar, que dieron los estudiantes de Psicología y Derecho, aportaron en la atención a un grupo de niños con diversidad etárea.

Es importante mencionar que, durante los talleres, se observó una problemática persistente en el tiempo, marcada, generalmente, por la violencia en los juegos. Lo que generó la necesidad de atender, con mayor precisión, a la autorregulación de emociones para construir vínculos entre los niños.

Esta situación requirió profundizar en estrategias de educación emocional sobre la cual Bisquerra (2000, citado en García, J. s.f) hace referencia:

La educación emocional es un proceso educativo, continuo y permanente, que pretende potenciar el desarrollo emocional como complemento indispensable del desarrollo cognitivo, constituyendo ambos los elementos esenciales del desarrollo de la personalidad integral. Para eso se propone el desarrollo de conocimientos y habilidades sobre las emociones con objeto de capacitar al individuo para afrontar mejor los retos que se plantean en la vida cotidiana. Todo ello tiene como finalidad aumentar el bienestar personal y social. (p.9)

En ese sentido, los talleres siguieron una metodología práctica de la educación emocional, la cual siguiendo la propuesta de Bisquerra (2011), consiste en dinámicas de grupos, autorreflexión, razón dialógica, juegos, respiración y relajación, que favorecen a las competencias emocionales. En base a ello, las situaciones aparentemente normalizadas en los juegos de los niños fueron abordadas desde las actividades propuestas, tales como cuentacuentos, cantos, competencias, rondas, entre otras.

En el marco de las actividades, es importante compartir aquellas que fueron más relevantes por su impacto en los niños. A nivel emocional y de reflexión de la identidad ciudadana de los talleres, podrían mencionarse: “Coco y Pío”, del autor Alexis Deacon, un cuento que abordó el tema del vínculo, el respeto y cuidado por el otro. Otro texto trabajado que generó expectativa fue “El monstruo de colores”, de la autora Anna Llenas, a partir del cual se introdujo a los niños en el reconocimiento de sus propias emociones. El trabajo con este cuento demandó la expresión de cómo nos sentimos ante determinados sucesos. Fue muy interesante poder observar cómo a través del dibujo, los niños, indistintamente a la edad, pudieron dar a conocer cómo se sentían ante casos de violencia, abuso de autoridad de los adultos, injusticias cometidas por los adultos y niños “más grandes”. Las emociones que más resaltaron fueron la tristeza, el enojo y el miedo.



Otras de las actividades que gustó mucho a los niños fue la gestión de su DNI, dado que permitió reconocerse como parte de un espacio geográfico como La Garita (Chincha), con sus atributos y personajes de la comunidad; además, favoreció al reconocimiento de la importancia del documento de identidad para atender a situaciones diversas relacionadas a la salud, la cultura, entre otras entidades que atienden a sus derechos. Cada niño tuvo un DNI simulado que les permitió participar en actividades diversas a través de estaciones: espacios de dibujo, lectura, baile, juegos.

Es importante destacar que en cada una de las actividades propuestas se ha trabajado en la ciudadanía como eje articulador, y el arte ha permitido desarrollar las habilidades personales que generan espacios para la creatividad, el respeto, la valoración de sus propios recursos y el trabajo de los otros.

También es importante resaltar que muchas de las actividades tuvieron momentos de desorden, causadas por los niños mayores del grupo. Esto puede deberse a la diferencia significativa de edades. Como medida de atención, el equipo recomendó generar un espacio que atienda a sus propias necesidades. Esto significó pensar y reflexionar acerca del empoderamiento, confianza y seguridad que se requería trabajar con aquellos integrantes que estaban transitando por los cambios psicológicos y madurativos que conlleva el crecer.

Ante esta nueva propuesta, surge el “taller de preadolescentes”, un espacio que busca el fortalecimiento de los vínculos afectivos y el aprendizaje continuo a través del diálogo con el Arte y la Ciudadanía dirigido a los niños de 11 a 13 años. Es importante considerar que con la creación de este nuevo taller se destacó la identificación de líderes comprometidos con el desarrollo de su ciudadanía, los cuales van marcando las pautas para un ejercicio más proactivo, que requiere de la participación de los adolescentes; aunque, esta fortaleza se debe seguir trabajando, pues la maduración psicológica requiere de acompañamiento.

En cuanto a los voluntarios, a lo largo de su experiencia, se ha podido observar una implicancia social y formativa sustentada en un modelo propuesto por Bisquerra (2016), el cual se denomina “modelo de capacidad de inteligencia emocional”, y se desarrolla a partir de las investigaciones de Mayer, Salovey y Caruso (2000), la cual propone una estructura definida en aspectos interrelacionados como son: la percepción emocional, la facilitación emocional del pensamiento, la comprensión emocional y la regulación emocional; los mismos que merecen ser descritos, a la luz de los sucesos propios del proyecto.

La percepción de las emociones implicó tener las actividades identificadas, valoradas y expresadas a través del arte, el lenguaje y la música.

La facilitación emocional del pensamiento se evidenció en tanto las actividades permiten transitar desde la concepción de los talleres hasta su evaluación. Este aspecto implicó la integración de las emociones y los pensamientos que permitieron afrontar retos de manera constante, como el atender a los gritos de los niños, situaciones de conducta disruptiva o dificultades para atender al grupo, su diversidad etaria, su tristeza, entre otras situaciones.

Los aspectos mencionados anteriormente dieron paso a la comprensión emocional, en la que pusieron en marcha sus relaciones interpersonales para generar vínculos entre los participantes y sus respuestas hacia los sentimientos generados en los niños, como la alegría, enojo, tristeza, miedo; y, por otro lado, la percepción de sentimientos de los voluntarios ante las situaciones, como frustración, tristeza, enojo ante la desigualdad, entre otros que fueron surgiendo a lo largo del desarrollo del proyecto.

Finalmente, la regulación emocional se hizo presente en tanto promovió el crecimiento emocional, intelectual y personal en la medida en que los niños se van conociendo y tomando decisiones sobre las emociones que quieren transmitir.

Si bien, todo lo narrado anteriormente implica un proceso, la meta es que tanto el taller de niños como el de los preadolescentes promuevan la confianza y autonomía en los niños, de modo que sean ellos quienes, en un futuro, se conviertan en los líderes de la comunidad.

Asimismo, es importante destacar como un hilo conductor del proyecto la mirada constante de las artes para el desarrollo de las habilidades sociales que garanticen el ejercicio de la ciudadanía. De esta manera, se hace efectivo el pensamiento propuesto por Ñañez y Castro (2016), quien afirma que para cultivar la humanidad del mundo actual se requiere desarrollar la habilidad para hacerse un examen, tanto de su interior como de sus tradiciones, de modo que se logre una imaginación narrativa, la cual es puesta en marcha en cada sesión del taller, en las diferentes actividades propuestas, tales como cerámica, dibujo y pintura, entre otras. Esta idea se complementa con las de Nussbaum (2011, citada en Ñañez y Castro, 2016), quien explica:

Las artes y las humanidades desempeñan un papel fundamental en la historia de la democracia que constituyen los cimientos de la ciudadanía, pues desarrollan capacidades sobre trascender las lealtades nacionales y afrontar los problemas internacionales como ciudadanos del mundo, promueven la capacidad de desarrollar un pensamiento crítico y de imaginar con compasión las dificultades del prójimo.

Desde una mirada docente, se puede destacar cómo la oportunidad que han tenido los voluntarios ha contribuido significativamente en la consolidación de la vocación que cada uno construye a lo largo de la profesión. En ese sentido,

“La entrega al servicio y la disposición para aprender de los niños es fundamental para reflexionar sobre la importancia de crear ciudadanía a partir del encuentro constante de uno mismo como ser humano que busca ser protagonista en la transformación social” (Castillo, 2019)

Finalmente, este proyecto apuesta por considerar las denominadas situaciones reales de aprendizaje, entendidas como aquellas en las que se destaca la importancia de la actividad y el contexto para promover la integración gradual de las personas en una comunidad de prácticas sociales, que requieren del reconocimiento personal y del otro, con sus diferencias y convergencias. En ese sentido, es necesario resaltar que aprender y hacer son acciones inseparables, en las que los participantes han de aprender haciendo dentro del contexto pertinente (Díaz, 2003). A su vez, cada uno de los participantes da fe, anima y promueve, desde su formación personal, un compromiso social que trasciende favorablemente al ámbito escolar, a los currículos educativos y a las normas sociales impuestas, para apostar, con convicción, por una educación en la que norme la convivencia respetuosa, con la ambición de buscar el bien común desde la diversidad de nuestras raíces, de nuestros credos, de nuestras identidades formativas y de nuestras propias miradas interiores del mundo que buscamos construir.



Referencias

Bisquerra, R. (2016). Educación emocional. Propuestas para educadores y familias. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer, S.A.

Castillo, V. (2019). El ser docente: una experiencia desde el primer acercamiento a la realidad de la escuela en espacios alternativos. En Experiencias Educativas Iberoamericanas. Reflexiones desde la Perspectiva de la Profesión Docente. REDEM

Díaz Barriga, F. (2003). Cognición situada y estrategias para el aprendizaje significativo. Revista Electrónica de Investigación Educativa. Consultado el 25 de Junio de 2009 en <http://redie.ens.uabc.mx/vol5no2/contenido-arceo.htm>